



Esténcil en Montevideo / Foto Oscar Bonilla

Migración de retorno en Uruguay

Cuestión de entorno

DANIEL GATTI/
MARÍA EUGENIA JUNG*

AUN SIENDO, DESDE hace décadas, un país fundamentalmente “expulsor” (véase nota adjunta de Adela Pellegrino), las corrientes migratorias “de retorno” también operan en Uruguay. Un estudio llevado a cabo en 2006 por Martín Koolhaas, investigador del Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, establece que uno de cada cuatro uruguayos que emigraron entre 1996 y 2006 han vuelto al país con intención de radicarse en él.

La migración de retorno ha tendido a incrementarse en los últimos años, pero se produce sin que hasta ahora haya habido políticas claras para intentar al menos gobernarla o dirigirla, ya que no incentivarla.

Casi siempre ha sido así. Excluyendo el período inmediatamente posterior a la dictadura, a mediados de los ochenta, cuando se produjo un desembarco relativamente masivo de “desexiliados” y desde el Estado se elaboraron estrategias para intentar darles cabida, y exceptuando igualmente algunos programas de la Universidad de la República que a duras penas se han ido manteniendo en el tiempo, las políticas públicas destinadas a fomentar el “regreso a casa” de aunque más no fuera franjas específicas de la diáspora han brillado por su ausencia. El fundamento de tal carencia ha sido básicamente el mismo a lo largo de los años y de los gobiernos: “el país no está en condiciones” (económicas, sociales) de absorber eventuales oleadas de retornantes. Se hablaba, sí, de fomentar la “revinculación” con los uruguayos residentes en el exterior, pero allí también, salvo iniciativas que con mayor o menor grado de voluntarismo partieron de ciertas instituciones, no se vislumbraban acciones coordinadas.

El panorama parece estar modificándose. Por un lado, hay una mayor percepción general (en la sociedad, en las propias esferas de gobierno) de la centralidad de la “cuestión

migratoria” (curiosamente, y a pesar de la magnitud del fenómeno, Uruguay ha vivido hasta ahora dándole la espalda al problema). Y, por otro, desde el Estado comienza a hablarse de la “necesidad” de fomentar el retorno, en el entendido de que, por las características de buena parte de la diáspora, hay allí un concentrado de elementos que el país “debe” atraer. Una ley acaba de ser votada con ese objetivo, y una oficina específica fue ideada para atender a los eventuales retornantes. El crecimiento económico sin precedentes registrado en los últimos años habría posibilitado ese cambio de perspectiva del gobierno.

Faltan definir, apuntan diversos especialistas en la materia, líneas generales de política demográfica en las cuales enmarcar una estrategia específica de aliento a la vuelta de los emigrados. Y falta tal vez lo primordial: un marco “cultural” —en el más amplio sentido de la palabra— adecuado que haga posible la concreción a largo plazo de los proyectos de retorno. Más que con incentivos económicos (difícilmente un retornante ignore que en ese plano, más que en ningún otro, “acá” no es lo mismo que “allá”), la consolidación de los proyectos de vuelta pasa, según dicen varios retornantes entrevistados, por motivaciones a la vez más difusas y concretas. La reincorporación paulatina a la sociedad uruguaya para muchos no es fácil. En el proceso se siente el desánimo que provoca la falta de estímulos y de apoyos concretos. “Hay que enfrentar, además, la mirada escéptica y las palabras de desaliento de los uruguayos que se han quedado en el país y que no entienden cómo es posible que alguien desee volver —dice Gustavo, uno de ellos—. Es cuestión de cambiar la cabeza y de ponerse a pensar que aquí se puede hacer cosas y que basta con crear un entorno mínimamente atractivo, al mismo tiempo respetuoso del espacio de los que se quedaron acá, para que haya muchos que elijan el regreso”. ■

* Esta nota es una breve adaptación de una investigación realizada por los autores para la Organización Internacional de las Migraciones con retornantes uruguayos y forma parte de un libro en preparación para Ediciones Trilce.

La Oficina de Retorno y Bienvenida en Uruguay

ESTA OFICINA, RECIENTEMENTE creada por decreto presidencial, es una dependencia de la Dirección General de Asuntos Consulares y Vinculación del Ministerio de Relaciones Exteriores. Sus cometidos son la activa creación de mejores condiciones y estímulos para el retorno de los uruguayos residentes en el exterior; la facilitación de la inserción de éstos, o de ciudadanos extranjeros que deseen establecerse en nuestro país, en nuestra sociedad, y la recolección, estructuración y difusión de toda la información relevante al respecto a nivel nacional.

Con la participación de varios representantes de los consejos consultivos y el apoyo de la mencionada Dirección General, la Oficina de Retorno y Bienvenida inició sus actividades en enero de 2008. Ha orientado su trabajo fundamentalmente a resolver los problemas de reinserción que los retornados enfrentan y a lograr gestos de trascendencia social encaminados a la inclusión de nuestra diáspora en la agenda pública. En este momento se encuentra en una etapa de definición de sus fuentes de financiamiento y apertura de actividades formales. Difunde sus informaciones a través de un blog: www.oficinadelretorno.blogspot.com, y puede ser contactada a través del correo electrónico: oficinadelretorno@gmail.com ■

Apuntar a un cambio de tendencia

ADELA PELLEGRINO*

EN URUGUAY LA emigración se ha convertido en un fenómeno estructural, y la sociedad ha respondido a las crisis económicas y políticas con éxodos al exterior. Al igual que los flujos que salieron a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, la migración “reciente”, es decir, la que ha salido del país entre 2000 y 2006, tiene un perfil joven: más de la mitad de los emigrantes tenían entre 20 y 30 años al salir del país. Tienen un nivel educativo superior al promedio de los residentes y una estructura ocupacional de nivel más elevado. Las últimas estimaciones permiten afirmar que el estoc de residentes fuera del país es del orden del 15 por ciento del total de la población uruguaya, una cifra que figura entre las más altas del planeta.

Uruguay es pequeño en términos demográficos y la emigración ha sido un factor importante como freno al crecimiento de la población. A lo largo de la segunda mitad del siglo XX los censos evidenciaron saldos migratorios negativos y huecos en la pirámide de edades, mostrando ausencias importantes en los tramos jóvenes.

En la mayoría de los países latinoamericanos la salida de emigrantes tiene consecuencias demográficas menores que en Uruguay; en algunos casos, implica un alivio de las presiones resultantes de ese tipo de crecimiento. En Uruguay, en cambio, los efectos de la emigración no sólo importan en lo relativo al ritmo del crecimiento de la población sino también al desequilibrio entre las generaciones y la agudización del envejecimiento.

El segundo efecto —quizás el más importante a largo plazo— es el perfil educativo alto de la emigración uruguaya de los últimos años. Podemos clasificar a los trabajadores emigrantes, *grosso modo*, en tres grupos: 1) Un primer grupo de especialistas profesionales, científicos, académicos o gerentes de alta jerarquía (10 por ciento). 2) Un segundo grupo de trabajadores con formaciones intermedias o con experiencia, tanto en la industria como en el comercio o en los servicios (70 por ciento). Son estas personas las que dan el perfil general de la emigración uruguaya. 3) Finalmente, el 12 por ciento de los emigrantes se ubican en ocupaciones no calificadas, porcentaje bastante menor que en la población activa residente en el país, que es de 23 por ciento. (Los datos son de la Encuesta Nacional de Hogares Ampliada, ENHA, 2006.)

Este panorama nos permite afirmar que la mayoría de los emigrantes presenta un perfil educativo y laboral cuya ausencia seguramente será sentida en un proyecto de país productivo.

NO HAY MILAGROS. Si pensamos en las acciones posibles, tenemos que empezar por reconocer la dificultad del problema; no hay soluciones milagrosas, hay cuestiones que son más bien de tipo contextual y cultural. Sin embargo, no hay duda de que la pasividad ante este fenómeno enraizado

en la sociedad uruguaya es muy dañina y que se requieren acciones y actitudes en muy diversos planos.

Es evidente que existe un desequilibrio entre las posibilidades en los países ricos que absorben inmigrantes y las ofertas en Uruguay, y que esa situación no se verá modificada en un breve lapso. Al mismo tiempo, existen comunidades de uruguayos en muchos lados, y la posibilidad de establecer vínculos con personas ya integradas en países de recepción es muy alta; es bien sabido que la acción de las redes de migrantes con sus familiares y amigos se ha convertido en una de las estrategias más utilizadas con éxito con el propósito de emigrar. Por ejemplo, se ha observado en la ENHA (2006), que los emigrantes “recientes” tuvieron éxito en su objetivo, al menos el laboral: casi el 40 por ciento eran desocupados al partir y el 80 por ciento estaban trabajando en su destino migratorio.

Todo indica que las políticas inmigratorias que predominan en los países receptores, con su carácter selectivo, van a continuar, y que el volumen de la demanda de ciertas profesiones y experiencias laborales seguirá aumentando; al mismo tiempo es probable que se agraven aun más las medidas represivas para los trabajadores “ilegales”.

Más allá de las políticas de los países desarrollados, el mundo globalizado supone movilidad en los proyectos en todos los planos de la vida, en particular el profesional. Sería suicida imponer normas destinadas a limitar la movilidad. Otra cosa es que se haga lo posible para que la movilidad tenga objetivos que se integren a los proyectos nacionales. Las estrategias posibles deben ser diversas, adecuadas al cambiante mundo en que vivimos y flexibles en la manera de organizarlas. Por ejemplo, la revinculación política de los emigrantes a través del voto, practicada en muchos países, es un tema pendiente de solución en Uruguay.

Deben existir programas para retener a los emigrantes en proyectos positivos, cuyo centro de gravedad esté en el país, propuesta cuya dificultad básica es la recuperación de la confianza en las posibilidades futuras del país. También se requiere intensificar los programas de vinculación con los emigrantes. Es necesario lograr el desarrollo de actividades que busquen integrar a los emigrados al desarrollo nacional. En esta dirección se debe reconocer que las acciones no han sido muchas, a excepción de los programas realizados por la Universidad de la República con la visita de científicos uruguayos radicados en el exterior, acciones realizadas en un ámbito relativamente limitado de acción y con recursos económicos escasos.

Finalmente, es necesario concretar un programa efectivo de retorno: la reversibilidad de la migración es una parte importante de la movilidad y sus consecuencias pueden ser considerables, especialmente en un país con población escasa y una proporción tan elevada en el exterior. Las experiencias de vida y laborales de los retornantes pueden ser un capital precioso a recuperar. ■

* Programa de Población, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.